

EL CABALLO

QUERIDOS ESTUDIANTES:

Cuando en los primeros días del curso actual fueron a visitarme unos compañeros vuestros para ofrecerme un día y una hora la regencia de esta Cátedra, por la que han pasado ya tantos maestros eminentes, me sentí hondamente emocionado. Mi vanidad me dijo que la aceptación me galardonaba; pero yo, consciente de mi escaso valer, suelo dominar los impulsos vanos y, a seguir mi primera intención hubiera rehusado el ofrecimiento, no sólo porque consideraba que mi palabra no debía empequeñecer ni por un solo momento el prestigio de esta Cátedra, sino porque creí estar convencido de que tan sólo la casualidad habría podido guiar a aquellos que tan gentilmente me hacían la invitación. Por fortuna, o la costumbre, o las canas, o el deseo constante en mí de ayudar a todo lo que más o menos directamente está relacionado con la juventud, me hicieron recordar el tiempo que llevo en esta ciudad querida; el número, tan crecido ya, de alumnos que ha pasado por mi Cátedra, y la natural posibilidad de que muchos de esos muchachos, a quienes un buen día hube yo de juzgar, estaban aquí en esta casa y esto bastó para decidirme. Si estos muchachos, antiguos alumnos míos, me llamaban, yo tenía el sacratísimo deber de acudir, y acudir apresurado, para decirles que aquel maestro que ellos padecieron, y del que acaso hubieron de recibir algún mal modo o alguna intemperancia, dejó de ser maestro para enseñarles, pero no ha dejado de ser padre espiritual para animarlos en sus esperanzas, para consolarlos en sus desfallecimientos, para acompañarlos en sus alegrías y hasta para cobijarlos en sus tribulaciones; ni jamás escondería su pecho cuando alguno acudiera a recogerse en él. Yo creí tener el sagrado deber de acudir, para renovar en ellos, y extender a todos los demás el eterno ofrecimiento de mi natural unión con los estudiantes, puesto que estudiante soy, para todo lo que signifique cultura, amor y trabajo.

Y como un buen deseo todos los caminos allana, resuelve

todas las dificultades, los obstáculos salta, apenas marcharon los amables amigos, acudió a mi imaginación un tema que enseguida pensé podría ser de vuestro agrado.

El caballo. Me ha parecido siempre que este noble animal acaparaba las mejores atenciones del hombre. Todo cuanto se habla de la fidelidad del perro, o de la utilidad de la gallina, o de la sinfonía de líneas del gato, o de sonidos del ruiseñor y el canario, queda pálido ante las alabanzas que merece ese fiel compañero del hombre al que yo voy a dedicar unas páginas de recuerdo. Alguna vez he pensado que este cariño sería debido a que entre el hombre y el caballo la imaginación de todos los tiempos ha establecido una íntima relación. Y así, por ejemplo, ha sido posible forjarse la existencia de los Centauros representada por la unión del hombre y del caballo. Es verdad que se ha hablado de otras uniones análogas como la de la *Sirena*, mujer y pez; pero jamás ha ido comprendido en estas extrañas uniones un sentimiento de amor y camaradería como la que simboliza el *Centáuro*. Este sentimiento de amistad, manifestado, como todos sabeis, de otras mil formas más reales, es el que me ha inducido a escribir estas cuartillas, en las que he querido ofrecer, entre líneas de cansada prosa, unos cuantos nombres que, por una u otra circunstancia, han quedado inscritos en las páginas de la historia, y tal vez merezcan el homenaje de nuestra atención.

El punto verdaderamente difícil, el que yo no sé si disponemos de medios bastantes para llegar a determinar con exactitud, es el que fija el comienzo de la relación amistosa del hombre con el caballo. Claro es que ese primer momento tiene un intenso dramatismo para aquel que ama, sobre todo, la libertad. El caballo llega a hacerse esclavo del hombre; se sujeta a su freno y acude a su antojo. Pero ¿no será aventurado suponer que esta esclavitud sea dolorosa para el noble animal?; pues a cambio de ello se pone en relación cordialísima con el rey de los animales, el soberano de la creación, el hombre, del que una sola caricia puede ser equivalente a los dolores de todas las esclavitudes.

Ya es conocida de todos la enorme importancia de las invasiones arias hacia el Sur primero, y luego hacia Occidente. Desde las estepas del Asia Central, estos primeros guerreros que se han visto solicitados por el grandioso panorama de la India, que se presenta al lado Sur de la gran cadena del Himalaya traen

las primeras noticias históricas, y de esas Estepas, o del Nordeste de la Cadena del Cáucaso debe proceder el caballo, pues este animal, en libertad, se inclina más hacia el norte. Breves noticias que se confunden con las dadas por Moisés hablando de los caballos de Egipto o el profeta Ezequiel alabando la gailardía y gentileza de los caballos de la Capadocia y de Armenia. Pero los arios han debido traer algo más; seguramente además de los útiles corceles, poéticas leyendas engastadas en los nombres de caballos famosos, porque con las primeras manifestaciones de la literatura y del arte en Grecia aparece ya el caballo en una espléndida situación, pues está desempeñando un lugar, en ocasiones muy distinguido, en leyendas en que intervienen los dioses del Olimpo griego.

Quizás el más famoso entre los caballos de esa Mitología, es el del héroe Belerofonte, el alado Pegaso, nacido al mismo tiempo que Crisaor, de la sangre de Medusa, cuando fué degollada por Perseo. La diosa Minerva regaló este caballo al héroe para que combatiese contra la Quimera, que era un horrible monstruo de cabeza de León, cuerpo de cabra, cola de dragón, y que arrojaba por la boca a borbotones el humo y las llamas. El notable caballo llevó a su dueño a señaladas victorias sobre la Quimera, y luego sobre los Solimos y sobre las Amazonas. Se llegó a decir que Pegaso hizo brotar la fuente de Hipócrene con sólo pega: con el casco en la roca de Helicón. No cabe duda que después de estas hazañas debió sentirse Belerofonte algo superior a todos los demás héroes, y al notar cómo con su caballo, dócil a la espuela, podía pasearse por los aires en su lucha con los demonios de la tempestad, anidó en su ambiciosa imaginación el deseo de llegar hasta el Olimpo. ¡Quién sabe cuáles fueron los sueños de Belerofonte, al notar que todo lo humano, todo lo terrestre, había quedado vencido a sus pies! ¡Quién puede apreciar hasta qué punto llegaría la creencia de su fuerza al ver a la monstruosa Quimera deshecha al impulso de su brazo! Belerofonte se debió sentir animado por la insaciable inquietud de superación. Saber más, poder más, siempre más de lo que había llegado a conseguir. Esa dolorosa inquietud que precede a la ilusión honda, debió secar todas las fuentes de la razón; esa condena a que irredimiblemente está sujeta toda la materia de no llegar nunca al límite de su aspiración, debió borrarse de su espíritu, y entonces, con la valentía inacabable que presta el no haber conocido todavía la amargura de la derrota, Belerofonte

se lanzó con Pegaso a la conquista del mismo Olimpo. Los dioses debieron reír; pero no queriendo dejar sin castigo la inaudita osadía, lo dejaron como una constelación en el firmamento. Belerofonte el osado, Belerofonte el vanidoso, debe tener, sin embargo, entre nosotros, un rincón de piedad. ¿Quién no se ha sentido alguna vez caballero de la ilusión? ¿Quién ha medido el peligro, compulsado el castigo, distinguido el obstáculo, si se trata de alcanzar aquello que poderosamente ocupa el lugar primero de nuestro corazón? En cualquier edad, el hombre capaz de ilusión—fijaos bien que no hablo de ese hombre mecánico que en todas las épocas de la historia ha aparecido con prestigio de máquina calculadora, ni ese otro que peinó blancos los primeros vellos de su bozo—, el hombre capaz de ilusión piensa que, lo menos que puede ofrendarle, es la propia vida, y que de no salir victorioso en la demanda, no vale la pena de vivir. Esta es la verdadera ilusión, y no la que nos engaña, porque hemos aprendido el nombre indebidamente y antes de tiempo. Por eso seguramente Belerofonte debió morir con la sonrisa en su rostro, todo pensando en que si sus labios vivos no habían podido llegar a los labios de la diosa venerada, su corazón y su sangre sí habían conseguido llegar a los pies amados en el más cumplido homenaje de amor y de rendimiento.

El fiel caballo, desprendiéndose entonces de la realidad que le había hecho piñar victorioso por los aires, se hizo símbolo, y desde entonces vive perennemente ocupado en transportar a las Musas. Las alas que alijeran inverosímilmente sus pies, le permiten acudir a todas partes con diligencia amable. Es decir, él quisiera tal vez acudir a todas partes donde le llaman, pero la gran experiencia de su larga vida le permite conocer cuando la llamada a las Musas es sólo una vanidad de momento, y entonces se abstiene misteriosamente. Pegaso no oye más que aquellas invocaciones que se le dirigen por intermedio de la verdadera ilusión; quizás por el impulso, por el deseo inacabable de volar, una clase de peces que siempre intenta volar, aunque nunca lo consigue, tomó el nombre del ambicioso caballo.

Más cercano a los dioses está el corcel maravilloso de Adrastro, Arión, el cual, según dice la leyenda, es de procedencia divina. La hermosa Ceres, queriendo huir de la persecución que le hacía objeto el rijoso y cruel Neptuno, se transformó en yegua; pero Neptuno, conocido el engaño, tomó la figura de caballo, y en la hermosa diosa, logró engendrar a Arión. Y más cercanos

todavía los caballos del Sol, Etonte y Piroente, a los que quiso guiar un día el imprudente Faetón, que no los pudo contener, no fueron por el camino debido y abrasaron el cielo y la tierra; y Demos, el temor, y Fobos, el terror, que eran los caballos de Marte, o los caballos de Laomedón, que andaban sobre las aguas.

* El mismo origen divino tienen los célebres corceles Janto y Baiño, que volaban como el viento, y que eran hijos de la harpía Podarga, la cual, pacienco en una pradera junto al Océano, los había concebido del Céfito. Estos caballos fueron regalados por Neptuno al rey de hombres Peleo, el día de sus bodas con la diosa Tétis; por ser caballos divinos estaban dotados de razón y de palabra. Estos animales pasaron después a poder del héroe. Aquiles, que los utilizó durante la guerra de Troya, a los que unió un ejemplar notabilísimo de caballo mortal, Pédaso, que había tomado en la ciudad de Eetión, y que consiguió seguir en sus carreras a los caballos inmortales. Con uno de estos caballos sostiene Aquiles el siguiente diálogo:

«Janto y Baiño, ilustres hijos de Podarga. Cuidad de traer salvo al campamento de los dánaos al que hoy os guía; y no le dejen muerto en la liza como a Patroclo».

Y Janto, el corcel de ligeros pies, bajó la cabeza—sus crines cayendo en torno de la extremidad del yugo, llegaban al suelo—, y habiéndole dotado de voz Juno, la diosa de los niveos brazos, respondió de esta manera:

«Hoy te salvaremos aún, impetuoso Aquiles; pero está cercano el día de tu muerte, y los culpables no seremos nosotros, sino un dios poderoso y el hado cruel. No fué por nuestra lentitud ni por nuestra pereza, por lo que los teucros quitaron la armadura de los hombros de Patroclo; sino que el dios fortísimo a quien parió Latona, la de hermosa cabellera, matóle entre los combatientes delanteros, y dió gloria a Héctor. Nosotros correríamos tan veloces como el soplo del Céfito, que es temido por el más rápido; pero también tú estás destinado a sucumbir a manos de un dios y de un mortal» (1).

Claro es que apesar de este triste pronóstico, el valeroso Aquiles se lanza al combate sin miedo.

Pero si aparece claro el origen de estos caballos, no ocurre lo mismo con los Centauros. Es posible que estos seres, que

(1) *Iliada*, IV, versos. 400-417. trad. Sagalá. Barcelona, 1902.

han sido representados por una figura humana hasta el vientre, y luego el cuerpo de un caballo, procedan de la unión de algún hombre con algún caballo. No es nuevo este procedimiento en la Mitología, pues los llamados héroes procedían de la unión de un ser divino con un ser humano, tal como Aquiles, el héroe de la Iliada, que había nacido de la diosa Tetis, casada con el rey Peleo. Estos Centauros, de instintos brutales, de extremada sensualidad, propios de los hombres primitivos (etimológicamente parece que el nombre significa cazadores de toros o de liebres), no presentan clara su genealogía. Claro es que no debemos extrañarnos mucho de esta aberración o bestialidad mitológica, pues sabemos que los griegos no hicieron, al constituir sus leyendas, nada más que sublimar las cualidades, buenas y malas, de los hombres, y en la historia sabemos que está grabado el nombre de la gran Semíramis, apasionada de su caballo tan ciegamente, que hubo de entregarse a él para satisfacer su desapoderado apetito. Pero si los Centauros no tienen clara su ascendencia, sí han conservado muchos episodios de su paso por el mundo... de la imaginación brillantísima de los helenos. Fidias, la figura más destacada de toda la antigüedad en el arte de la escultura y arquitectura, y que todavía en los tiempos modernos no ha podido, al parecer, ser superada, nos presenta en uno de los frontones del Partenón la lucha de los Centauros con los Lapitas, promovida a causa del atentado que el Centauro Eurito había llevado a cabo contra la hermosa Hipodamia, durante las bodas de ésta con Pirrtóo (1).

También en los trabajos de Hércules figura otro Centauro Neso, que había conseguido raptar a Dejamira, la prometida de Hércules. Neso, moribundo por la victoria que sobre él había obtenido el héroe, rogó a Dejamira que empapase la túnica de Hércules en la sangre que él estaba derramando, y con ello la querría siempre; pero como la sangre era venenosa, produjo en Hércules una furiosísima locura. Y otro de los trabajos es el de la lucha del héroe contra las yeguas de Diomedes, que se comían a los hombres.

En esta y en todas las leyendas que sobre los Centauros se han forjado, aparecen con instintos brutales y crueles, como

(1) Sobre este mismo asunto, el pintor Rubens tiene en el Museo del Prado de Madrid un magnífico cuadro repleto de opulencias sensuales y de rica orgía de la imaginación.

naturalmente corresponde a la bestialidad que les han dado origen; y queda en la sombra cual pudiera ser el origen de estas leyendas, en las cuales está seguramente incluida la historia de los primeros hombres que lograron reducir al caballo a la domesticidad. Sin duda, al aparecer aquellos primeros hombres montados, hicieron creer a los que desconocían la existencia del caballo, que se trataba de una especie distinta de hombres... y recuérdese como se reproduce luego el efecto que producen en Grecia aquellos primeros gloriosos invasores que procedían de las Estepas del Asia Central, al presentarse en América los primeros conquistadores españoles en sus corceles; quizá también estas imprevistas apariciones hayan dado lugar a que se considere al caballo como animal belicoso, y símbolo de la guerra.

De estas extrañas relaciones surgieron tal vez la serie de símbolos que hay expresados en el caballo. En un monumento egipcio, la estela de Pianki, aparece el rey Nemrod presentando un caballo al rey Etíope; este hecho da origen a la *ofrenda del caballo* que es una de las prácticas de sumisión de algunas tribus árabes; también en la etimología de *Centauro* figura la opinión de que significa caballos o nubes que parecen correr alrededor del Sol; los griegos, en la vida de Neptuno, representan por medio de impetuosos caballos blancos de espléndidas crines, las olas erizadas de espumas; y en la tierra simboliza el caballo, el agua del manantial que luego corre en impetuosas corrientes; de aquí ha derivado sin duda el bello nombre de *cola de caballo* con que se conocen algunas cascadas, como la bellísima del Monasterio de Piedra, en la que el agua blanca parece la movable cola de un caballo divino que ágilmente sube por la montaña escondiéndose entre las ramas del siempre verde y fresco bosque.

Inmediatamente unidos con estos restos religiosos, están las supersticiones sobre algunas de las cuales pudo fundarse la suerte un reino.

Se cuenta que seis de los señores de Persia destronaron a Smerdis el Mago y convenieron en que para elegir sucesor entre ellos, saldrían los seis montados en sendos caballos fuera de la ciudad, y aquel cuyo animal relinchara antes, ocuparía el trono vacante. Este confiado propósito tuvo un epílogo lamentable para las creencias, pues Ebates, el escudero de Darío sacó la noche antes al caballo de su amo al bosque, donde le dió ocasión para que conociera a una impetuosa yegua. Y el caballo, apenas llegó

el día siguiente a los límites del recuerdo, relinchó solícito y cariñoso, elevando a su amo al trono de Persia.

También se dice que el caballo de Julio César tenía los pies parecidos a los del hombre, y que esta deformidad dió ocasión a que los augures dijeran que aquel que lo montara, gobernaría el mundo; los partidarios de César educaron al caballo convenientemente para que se cumpliera la profecía.

Y sobre todos el ya más histórico, el que aparece con menos esplendores de leyenda, pero sí más notable, y acaso uno de los caballos más nombrados del mundo, el caballo Bucéfalo, del joven general Alejandro, que tanto ha dado que hacer a Pegaso para que los poetas puedan relatar la innumerable serie de conquistas quizá por ser el mejor soldado de todos los tiempos.

Según cuenta Plutarco en sus «Vidas Paralelas» (1), este caballo fué presentado por un tesalio llamado Filoneico al rey Filipo de Macedonia, con el ánimo de vendérselo en trece talentos. Era un caballo áspero, indómito, que no sufría ninguna voz, ni aguantaba sobre sus lomos a ningún hombre, consiguiendo tirar al suelo a todos los acompañantes del Rey que intentaban montarlo. Filipo dió orden de que se lo llevaran, y entonces:

«¡Qué caballo pierden, sólo por no tener conocimiento ni resolución para manejarle!—dijo Alejandro, hijo de Filipo; y lleno de pena por la pérdida, repitió su lamentación varias veces.

—Increpas—contestó Filipo—a los que tienen más años que tú, como si supieras o pudieras manejar mejor el caballo.

—Este ya se ve que lo manejaré mejor que nadie.

—Si no salieras bien con tu intento, ¿cuál ha de ser la pena de tu temeridad?

—Pagaré el precio del caballo.

... marchó al punto donde estaba el caballo, tomóle por las riendas, y volviéndole, lo puso frente al sol, pensando, según parece, que el caballo, por ver su sombra que caía y se movía junto a sí, era por lo que se inquietaba. Pasóle después la mano y lo halagó por un momento, y viendo que tenía fuego y bríos, se quitó poco a poco el manto, arrojándolo al suelo, y luego, de un salto, montó en él sin dificultad. Tiró un poco al principio del freno, y sin castigarle ni aún tocarle, le hizo estarse quedo. Cuando ya vió que no ofrecía riesgo, aunque hervía por

(1) Plutarco. «Vidas Paralelas». Trad. de A. Rauz de Romanillos. Ed. de la Biblioteca Clásica, t. XXIV. Madrid, 1901.

correr, le dió rienda y le agitó, usando de voz fuerte y apli-cándole los talones. Filipino y los que con él estaban tuvieron al principio mucho cuidado, y quedaron en silencio; pero cuando le dió la vuelta con facilidad y soltura, mostrándose contento y alegre, todos los demás prorrumpieron en voces de aclamación; mas del padre se refiere que lloró de gozo, y que besándole en la cabeza luego que se apeó, le dijo: «Busca, hijo mío, un reino igual a tí, porque en Macedonia no cabes».

De este hecho formaron pie los augures para presagiar las grandes conquistas de Alejandro Magno. Este joven monarca amó extraordinariamente a Bucéfalo, y era cariñosamente correspondido, pues el fiero caballo, que nunca dejó que subiera nadie sobre sus lomos, apenas oía la voz de su dueño, se acercaba a él y se hincaba de rodillas para recibirlo, según cuenta el historiador latino Quinto Curcio (1); y es sabido que el rey no lo montaba siempre, quizás para reservarlo para las grandes ocasiones tan sólo, o acaso para evitarle los grandes peligros; desde luego no lo llevó en la batalla de Gránico, en donde Alejandro estuvo en muy gran peligro, y perdió el caballo, atravesado de una estocada por los ijares.

En cierta ocasión en Hircania, cerca del pueblo de los Mardos, unos hombres se encontraron por casualidad con los palafraneros del rey, que conducían, entre otros caballos, a Bucéfalo. Se entabó una breve escaramuza, de la que los bárbaros salieron vencedores, y se llevaron como botín los caballos y las ricas monturas. Alejandro se irritó sobremanera; pero no tuvo inconveniente en ofrecer una breve tregua a su cólera, porque, como aquel que bien ama, temía que sus determinaciones pudiesen adquirir caracteres de irremediabilidad; y aquellos pobres hombres que en otras circunstancias no hubieran recibido del Monarca excelso ni la más leve atención, recibieron un heraldo, con el que les pedía la restitución de su caballo. Claro es que la petición iba adornada de atroces amenazas y venganzas crueles, que nunca Alejandro, en el interminable número de ocasiones que tuvo en su intensa vida, había llevado a la práctica, como las que se referían a pasar a cuchillo a las mujeres y a los niños. Los bárbaros acudieron a devolver el caballo, pues ellos tampoco habían pensado nunca que tuviere tanto valor; y Alejandro, lleno de gozo, dió por su caballo el rescate que le ha-

(1) Quinto Curcio. «Historia de Alejandro». Libro I, cap. VI.

bían pedido, entregó las ciudades tomadas antes a los hircanos, y trató a todos con mucha humanidad.

De resulta de la batalla contra Poro murió Bucéfalo; no desde luego, sino al cabo de algún tiempo, cuando, según los más se le estaba curando de sus heridas; pero según dice Onesicrito, fatigado con un trabajo que no podía ya llevar con su vejez, pues tenía treinta años cuando murió. Sintiólo profundamente Alejandro, creyendo haber perdido en él nada menos que un amigo y un doméstico; y edificando en su memoria una ciudad junto al Hidaspes, la llamó Bucefalia.

En la literatura española aparece a mediados del siglo XIII un largo poema de autor desconocido, escrito según la moda de la época, la *cuadernavía* que tan alto se colocó con las obras del gran poeta Gonzalo de Berceo, y que sustituyó a los mésteres de juglaría por su erudición y su cultura.

Es el *Libro de Alexandre* en el que se relatan las aventuras del general macedónico, pero no inspirándose directamente en la historia verdadera, ni siquiera en la ya de por sí bastante fantástica del historiador latino Quinto Curcio, ya citado, sino en diferentes poemas que habían aparecido en Francia con este asunto. Esta larga trasmisión, la escasa costumbre de respetar la verdad histórica, y la afición de dar a lo legendario grandes vuelos, dió lugar a que todo lo relativo al rey Alejandro aparezca en el poema español notablemente desfigurado. Según dice en él el anónimo poeta, Bucéfalo fué hijo de un elefante y de una dromedaria, heredando de la madre la ligereza y del padre los frontales y la hechura.

Cuando el rey tenía que ajusticiar a algún ladrón, se lo llevaba al caballo y se lo comía (1). Y luego cuando describe el momento en que el monarca consigue domarlo, inserta algunos detalles extremadamente pintorescos. Cuando el Rey entró a ver el caballo Bucéfalo se inclinó de hinojos, encorvó la cabeza y bajó los ojos. Todos los presentes se miraban unos a otros con extrañeza, y en esto conocieron que Alejandro sería Emperador. Luego lo enjaezaron ricamente; pero Alejandro no quiso montarlo hasta no haber sido armado caballero, ni hasta haber re-

(1) Recuérdese a este propósito lo que dejamos dicho más arriba de las yeguas de Diomedes, y lo que se cuenta de que habiendo muerto un Rey escita en un combate singular, su caballo pisoteó y desgarró con los dientes al vencedor que se había acercado a despojarle.

zado. Hecha la oración fué a montarse y el caballo contemplaba todo esto con gozo.

Claro es que en estos poemas primitivos hay muchas cosas que el gusto moderno no acaba de soportar; pero es indudable que en algunas estrofas aparece una simpática sencillez llena de dulzura y encanto.

- 97 La bondad del caballo vence todo lo al,
nunca en este mundo hubo mejor ni tal;
nunca fué enfrenado ni preso de dogal,
mucho era más blanco que es el fino cristal.
- 98 En tres redes de fierro estaba encerrado
y fora con pan cocho e con vino criado;
domar nunqua lo podieron, ca assí fué su fado
quisquier que le cavaigase fuese rey aventurado
- 99 Fizolo un eiefante, coemo dis la escritura...

Al lado de este amor hacia Bucéfalo hay que colocar naturalmente el que sintió Calígula por el suyo, llamado *Incitatus*. Llegó a construirle un palacio, en el que el pesebre era de marfil, y la manta de púrpura bordada de pedrería. La comida y el vino se lo servía en vasos de oro y se dice que tuvo el propósito de nombrarlo cónsul, aunque esto último no puede precisarse bien si fué debido al alto aprecio que su caballo le merecía o al menosprecio que sentía por sus palatinos aduladores. También el Emperador Cómodo hizo fundir en oro la imagen de su caballo *Volneris*. Debió ser seguramente un agradable obsequio esto del vino, pues ya en la Iliada (1) el divino Hector increpa así valientemente a su cuadriga.

«Janto, Podargó, Eton, divino Lam,ol Ahora debeis pagarme el exquisito cuidado conque Andrómaca, hija del magnánimo Eetión os ofrecía el regalado trigo, y os mezclaba vinos para que pudiéseis, bebiendo, satisfacer vuestro apetito; antes que a mí, que me glorio de ser su fioreciente esposo.»

También en la E. M. aparecen caballos notables como son el Brilladoro, de Orlando; el Frontino, de Rugero; el Bayardo, de Reinaldos de Montalbán, el también Frontino, que tenía un lunar en la frente, de Bradamonte; el Hipogrifo, medio caballo y medio grifo, de Astolfo y el célebre Orelia, del último Rey de los Visigodos, Don Rodrigo, que presenció en la batalla de la Janda la destrucción de España conforme habían dispuesto los hados después del episodio de la cueva de Hércules y don Ju-

(1) Homero. Iliada. Trad. Segalá, versos, 184-190. Barcelona, 1908.

lián después de la ofensa recibida en su honor. Pero por entonces aparece en la historia de España el más notable, sin duda, de los caballos andaluces, el célebre Bavioca, que llevó a su dueño a la victoria constantemente, incluso después de muerto el Cid (1).

Cuando el Cid (2) se dirige a esperar a Jimena que llega a Valencia (copla 86).

Mandó mio Cid...
 ...aduxiessenle a Bavioca; poco avie que el ganara
 (d'aquel Rey de Sevilla e de la sue arrancada)
 aum no sabie mio Cid el que en buen ora cinxo espada
 si serie corredor o ssi habrie buena parada.

pero no había pasado mucho tiempo sin que el Cid se diera cuenta del alto valor que tenía el caballo que había ganado al Rey de Sevilla.

El que en buen ora nascó non lo detardava;
 vistios el sobregonel; luenga trahe la barba;
 ensiellanle a Bavioca; cuberturas le echavan
 mio Cid salió sobrél, e armas de fuste tomava.
 Por nombre el cavallo Bavioca cavalga,
 fizo una corrida, esta fo tan extraña
 quanto ovo corrido, todos se maravillaban;
 desdía se preçió Bavioca en quant grant fo España.

El valiente caballo acompaña a su dueño en todos los combates. Cuando ya están su esposa Jimena y sus hijas Elvira y Sol en Valencia, el Cid les ruega que presencien las batallas; ya en cierta ocasión les dice que los hombres cuando saben que las mujeres los miran mientras están combatiendo, se sienten más valientes y luchan mejor y además que así se dan cuenta las mujeres de cómo se gana el pan, y en una de sus salidas (copla 95):

Dió salto el mio Cid en Bavioca el so cavallo,
 de guarnizones muy bien es adobado.

 mucho era alegre de lo que an caçado:
 allí preçió a Bavioca de la cabeça fasta cabo.

 con cient cavalleros a Valencia es entrado
 fronzida trahe la cara, que era desarmado
 assí entró sobre Bavioca, el espada en la mano.

(1) Cosa no de extrañar, pues ya en Grecia, en las carreras de Onquesta, los caballos iban atados a un carro, pero no llevaban conductor, pues ya habían sido previamente enseñados para seguir la carrera como el del Cid pudo seguir, por la costumbre, la batalla.

(2) «Poema de Mio Cid. Ed. Menéndez Pidal. Calleja.



y les dice a su mujer y a sus hijas:

veedes el espada sangrienta e sudiento el cavallo
con tal cum esto se vencen moros del campo.

Verdaderamente el todavía no acabado de alabar *Poema de Mio Cid* tiene a veces en solos dos versos sustancia épica bastante para alimentar un poema entero. Esta maravillosa entrada del Cid en Valencia después de la dolorosa victoria, con la cara fruncida, con las armas perdidas y con dos bellísimos versos pronunciados lentamente, es la crónica entera de la batalla, es la poesía más verdadera que toda la historia.

veedes el espada sangrienta e sudiento el cavallo;
con tal cum esto se vencen moros del campo...

Mucho quiere el Cid a su caballo, «el cavallo que bien anda» como dice en la copla 117, y mucha confianza tiene en él como manifiesta poco después en la copla 118, al describir la lucha personal que el Cid mantiene contra el Rey Búcar:

Más si el cavallo non estropeça o conmigo non cade
non te juntará consigo fato dentro en la mar»
Aquí repuso mio Çid: «esto non será verdad»
Buen cavallo tiene Búcar e grandes saltos faz;
mas Bavieca ei de mio Çid alcançandíolo va
Alcançólo ei Çid a Búcar a tres braças del mar.

Esta fué una de las más agradables victorias de Rodrigo, pues en ella conquistó la famosísima espada Tizona que valía 1.000 marcos de oro y que luego tan mai empleo tuvo mientras estuvo en poder de uno de los Infantes de Carrión.

Pero apesar dei gran cariño que sentía por el hermoso animal, querido compañero suyo en casi todas sus campañas, el Cid, espejo de todas las lealtades sabe acallar su afecto cuando las circunstancias le obligan. Cuando después de vengarse de los Infantes de Carrión salió el Cid de Toledo por Zocodover, el monarca Alfonso VI le dijo, que había oído hablar muy bien del caballo en que iba montado y que desearía verlo correr. El Cid sonriendo le contestó que allí en la corte había sin duda alguna muchos caballeros capaces de hacer todo lo que él hiciera y aun superarlo. El rey le dió las gracias por la galantería, pero le suplicó por su amor, que obedeciese; entonces el Cid arremetió a su corcel, y tan briosamente corrió, que todos se maravillaron, como en otro tiempo había ocurrido ante la gallardía a

Alejandro, y en ese estilo majestuoso y sobrio el autor del poema, canta: (copla 150)

El rey alçó la mano, la cara se santigó:
«Yo lo juro por San Esidre el de León
que en todas nuestras tierras non ha tan buen varón».

y el hidalgo caballero, respetuoso siempre con el monarca, sin olvidarse nunca su condición de vasallo, y queriéndole quizá acusar más puesto que tenía demostrado que antes que tal había procurado mantener ante el mismo rey su condición de hombre de honor; le dice

Mio Çid en el cavallo, adelant se llegó,
fo besar la mano a su señor Alfons:
«Mandásteme mover a Bavioca el corredor
en moros ni cristianos otro tal non ha hoy,
yo vos le do en don; mandédesle tomar, señor.»

En estas palabras está retratado todo el afecto del Cid al hacer la apología del caballo, cuando va a ofrecerlo. El Cid no está acostumbrado a encarecer sus dones, porque sabe que eso empequeñece al donante; si alaba a Bavioca, es impensadamente, es un suspiro que se le escapa; menos mal que por una vez, el monarca que tan duramente lo había tratado siempre, respeta el afecto y dice:

...Desto non he sabor;
si a vos le tollies el cavallo non havríe tan buen señor:
mas a tal cavallo cum est pora tal commovos,
pora arrancar moros del campo a seer segudador;
quien vos lo toller quisiese nol vala al criador
ca por vos e por el cavallo ondrados sommo'nos.»

Desconocemos cual debió ser el fin de este hermoso caballo pero conociendo a Jimena y sabiendo el grande afecto que profesó a su esposo, hay que suponer que el caballo no debió salir de sus manos, y si acaso acabó los últimos días de su vida llevando a parecer a la fiel Jimena por la riquísima huerta de Valencia, bello fin, sin duda ninguna, para el tan bella ejecutoria podía presentar en su larga vida de servicios bajo la espuela del más digno caballero español de todos los tiempos (1).

(1) En Castillejo de la Cuesta, en el aristocrático convento de las Irlandesas, murió el 2 de Diciembre del año 1547, el Conquistador de Méjico, Hernán Cortés. En el jardín de ese convento está enterrado el caballo del famoso conquistador, y está cubierto por una sencilla lápida que dice: *Bernabé*. Esta es la tradición que se conserva, y de la cual no he podido recoger ningún documento, aparte de la lápida de Hernán Cortés. (Remitido por D. J. Mañes).

Pero, a cada paso, hay que reconocer que siempre hay algo más verdadero que la misma historia, y es la verdad infinita de la poesía que tiene la altísima virtud de apoderarse del alma del mundo y crear en él a su antojo seres que adquieren enseguida mayor vitalidad que los reales; a finales del siglo XVI nace en España el que puede considerarse como el caballo más famoso del mundo; es verdad que no podemos fijar la fecha de su nacimiento, ni investigar en su genealogía para conocer la pureza de su sangre, pues un capricho, o un olvido, o un deseo del que lo dá a conocer en el mundo, dejó traspuestos estos históricos detalles; pero de nada nos servirían ahora, ni hay por qué pensar que en este caso, como en otros muchos que la historia de todos los tiempos puede presentar como documentos comprobatorios, la bondad del padre aumenta la sabiduría del hijo, ni el talento o el valor del hijo encuentran en los padres una razonada justificación.

Y estoy seguro que todos vosotros saben ya que me refiero al caballo del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, al gran Rocinante, del que dice Urdaneta: (1) «... ha dejado atrás a todos los caballos conocidos y por conocer, de tal modo que Bucéfalo y Belerofonte (?), Orelia, tan caro a España, Babieca y hasta el mismo Pegaso de origen divino, Hipogrifo y Bayarte son tortas y pan pintado en presencia de Rocinante, que, flaco y hambriento, señalando los puntos de su notomía, maltrecho y mohino, está inspirando y dando quince y falla a todos los de atrás, puesto que delante, ninguno se atrevería».

Es verdad que el retrato del célebre caballo está casi hecho del todo al comienzo de la obra inmortal, y allí se apuntan algunos datos genealógicos. Un maestro vuestro ha estudiado este caballo ya; el señor Sanz Egaña, que estos días ha dado unas conferencias aquí en Córdoba, publicó un bello artículo en la Revista *El Pecuario Español*, en Mayo de 1906. Estendernos ahora detalladamente en el estudio de este caballo, sería prolongar demasiado mi charla; permítasenos, por ser tan conocido, aplazar para algún día, el dedicar nuestra atención a este pobre caballo que, como su triste amo, pasó por la vida muy rápidamente; pero no tanto, que no tuvieron tiempo de conocer la amargura de las penas y la tristeza de los sinsabores, que son con frecuencia el único pan que en este mundo encuentran muchos desgraciados que nacieron con mala estrella.

(1) Urdaneta. Cervantes y crítica. Caravaca, 1878. pág. 229.

Hasta aquí los caballos citados han tenido una relación más o menos directa con la historia; el individuo distinguido debió la distinción a su propio valer, y si fué tan querido de su dueño, lo debió especialmente a los méritos propios, y algo también a que, como dice Menéndez Pelayo en su discurso pronunciado sobre la *Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del Quijote*, «hasta las bestias que estos personajes montan participan de la inmortalidad de sus amos».

La estimación al caballo, independientemente del valor individual, es también muy antigua, y se ha manifestado de muy diferentes formas. En la *Iliada*, por ejemplo, encontramos noticias de los sacrificios que se hacían al río por Escamandro, arrojándole, para honrarlo, caballos vivos (1). Estos dones debían ser considerados de gran valor, pues cuando en la obra del inmortal Homero hace Aquiles relación de los premios que ofrece para los vencedores en los juegos que convoca con objeto de honrar la memoria de su querido amigo Patroclo, muerto en lucha con Héctor, dice (2): «Empezó por exponer los premios destinados a los veloces aurigas: el que primero llegara, se llevaría una mujer diestra en primorosas labores y un trípode con asas, de veintidós medidas; para el segundo ofreció una yegua de seis años, indómita, que llevaba en su vientre un feto de mulo; para el tercero una hermosa caldera no puesta al fuego y luciente aún, cuya capacidad era de cuatro medidas; para el cuarto, dos talentos de oro, y para el quinto, un vaso con dos asas que la llama no tocara todavía». Claramente se ve por esta relación el grande aprecio que los caballos tuvieron en la época de la guerra de Troya.

Luego aparecen frecuentes casos en la historia de haber servido los caballos para espléndidos regalos, como ocurría en tiempos de algunos Emperadores griegos, que buscaban caballos en Capadocia, y en la Media y en la Persia, para enviarlos como presentes a los principales, con los que habían de establecer tratados comerciales, y lo mismo ocurre luego con el Emperador Arriano, que envía a la Arabia caballos de Egipto, con el mismo fin diplomático.

En el *Poema del Cid* que, como sabemos, tan íntimamente está ligado con la Historia española, se encuentran varios ejem-

(1) *Iliada*. Canto XXI, versos 122-130.

(2) Ob. cit. Canto XXIII, versos 262-271.

plos de estos obsequios, casi siempre ofrecidos por Rodrigo Díaz a su señor el Monarca Alfonso VI. En la copla 40, dice:

Enbiar vos quiero a *Castiella* con mandado
desta batalla que avemos arrancado:
al rey Alfons que me a ayrado;
quierol enbiar en don treinta cavallos
todos con siellas e muy bien enfrenados,
señas espadas de los arzones colgando.

y más adelante, en la copla 77, con motivo de una nueva embajada:

Al Rey Alfons mío señor natural
destas mis ganancias, que avemos fechas acá
dar le quiero cient cavallos e vos idgelos levar.

En una tercera ocasión le manda 200 caballos de presente, y por último, el primer día que se encuentra con el Rey, después de su destierro, cuando ya entre el Monarca y el *buen vasallo* se ha sellado, al parecer, una firme amistad, dice el Cid en la copla 106:

Ya Rey Don Alfons, señor tan ondrado
destas *viestas* que oviemos, de mi tomedes algo.
Tráyovos treinta palafrés, estos bien adobados
e treinta cavallos corredores, estos bien ensellados;
tomad aquesto e beso vuestras manos.

Es muy natural que el hombre, que tanto afecto ha mostrado a este noble bruto, haya procurado eternizar, con frecuencia, su figura. Sería una tarea interminable, pero de un resultado excelente y altamente educador, el reunir en un solo cuerpo las obras en que el hombre ha pretendido y conseguido en muchas ocasiones, representar a su fiel compañero. En todos los tiempos lo han tenido en cuenta las Bellas Artes. Unas veces lo han utilizado como elemento decorativo, como sucede con aquella espléndida cuadríga de mármol, obra del escultor Pitís, que coronaba la tumba de Mausolo; o los bellísimos caballos de bronce que decoran la fachada de San Marcos en Venecia; o los brillantes y ricos que figuran en la cascada del Parque de Barcelona, y encima del Banco de Bilbao, en Madrid. En nuestra casa tenemos acaso el monumento más singular de esta clase, el Potro, que se levanta ágil encima de la fuente de la plaza de su nombre. Otras, acompañando a sus amos, y en este caso los ejemplos son abundantísimos, y podrían dar motivo a un riquísimo álbum; recuérdense las estatuas ecuestres de Marco Aure-

lio; o las dos madrileñas de Felipe III y Felipe IV, y la nuestra del Gran Capitán, como hitos que pudieran servirnos para formular el recuento; así como las meritísimas pinturas del glorioso sevillano Diego Velázquez, representando Felipe IV, el Conde Duque de Olivares, y al Príncipe Baltasar Carlos, como lugar de partida para todo lo que de pintura pudiéramos reunir.

En ocasiones se han expresado con su figura algunos símbolos; en la Catedral de Maguncia aparece un león devorando a un caballo, como símbolo de la fuerza bruta, venciendo a la debilidad; y en ciertas medallas de la época de Felipe II, está representando nuestro poderío bajo el emblema de un caballo alado con la inscripción *Nor-sufficit orbis*.

La misma profusión de documentos hay en la Literatura. Los escritores de todos los tiempos se han complacido en retratar a este querido amigo del hombre y lo mismo la poesía erudita que la popular lo ha escogido con frecuencia como tema de su inspiración. Tal vez no han tratado de definir un ejemplar particular, sino el mejor de la especie, el que pudiera reunir las cualidades destacadas de todos.

En el gran poeta español del siglo xvii, Calderón de la Barca, y precisamente en una de sus obras más universales, se encuentra esta bella metáfora con la que se quiere expresar y se expresa airosamente la relación de la semejanza que existe entre el caballo y la tierra, o el mundo, pero todo expuesto en aquel estilo alambicado y tortuoso que es moda en el siglo que retrata nuestro Góngora.

En un veloz caballo
 en quien un mapa se dibuja atento
 pues el cuerpo es la tierra
 el fuego el alma que en el pecho encierra;
 la espuma el mar y el aire es el suspiro
 en cuya confusión un caos admiro:
 Pues en el alma, espuma, cuerpo, aliento
 monstruo es de fuego, tierra, mar y viento.

Más Calderón entretenido en la metáfora, no ha tenido tiempo de describir al noble bruto. En cambio un poeta de muchísimos menos vuelos que el autor de *El Alcalde de Zalamea*, uno de esos poetas que sólo aciertan algunas veces y a los que acaso se les cita por una sola obra don Nicolás F. de Moratín si nos da un precioso retrato de caballo en su tan conocida obra *Fiesta de Toros en Madrid*.

Las ágiles quintillas corren airoosas para decir insuperablemente:

Era el caballo galán
el bruto más generoso
de más gallardo ademán,
Cabos negros y brioso
muy tostado y alazán.

Larga cola recogida
con las piernas descarnadas.
Cabeza pequeña, erguida,
la narices dilatadas
vista feroz y encendida.

Nunca en el ancho rodeo
que da Betis con tal fruto
pudo fingir el deseo
más bella estampa de bruto,
ni más hermoso paseo.

«Fiesta de toros»

Y también bebe el agua del sagrado Betis este otro caballo que el Duque de Rivas describe en uno de sus famosísimos romances moriscos:

Es un caballo andaluz
de la generosa raza
que al sacro Guadalquivir
le suele pastar la grama;
Castaño, oscuro, fogoso,
Cabos negros, gruesas ancas,
ancho pecho, recios brazos,
corto cuello, cola larga,
chica cabeza y orejas,
crines grandes encrespadas,
gallardo, brioso y fiero
y humilde al freno que tasca (1).

Hay desde luego que reconocer que en las literaturas extranjeras se ha llegado en la descripción del caballo a límites brillantísimos. De todos es conocida la magnífica que se contiene en *Las Geórgicas* del gran poeta Virgilio (2). En este poema, el

(1) E. Sellés tiene una obra titulada *Los caballos* estrenada allá por el año de 1899, que no he podido consultar. (Ref. Gómez de Baquero. *La España Moderna*, Madrid, Marzo 1899.

(2) Virgilio. *Las Geórgicas*. Trad. de... Madrid.

mejor de todos los que salieron de la pluma del vate latino, al hablar de los cuidados que han de tenerse con los animales, dice del caballo:

No menos diligencia
a la elección de los caballos debes,
Tú, desde tierna edad, a los que fies
el incremento de la raza, aplica
laboriosa atención. El potro nuevo
de estirpe generosa
gallardo ya campea,
y en noble porte y numerosos pasos
las blandas coyunturas ejercita:
toma la delantera en el camino,
a la crespada corriente vado tiente,
a puente ignoto avánzase el primero
ni de estrépitos vanos se intimida.

La cerviz tiene erguida,
aguda la cabeza, el vientre breve,
grupa redonda, el pecho
con músculos soberbios que le abultan.

Noble es el rucio azul, noble el castaño;
de blancos y melados desconfío.

¡Conqué ingénito brío
el pisador lozano
sale del puesto y sosegar no sabe
si armas de lejos resonar a oído!

Las orejas aguza, o estremece;
el encendido aliento
por la abierta nariz bramando arroja;
el cabello sacude aborrascado,
le esparce al diestro lado;
y doble mueve la dorsal espina
y recios cascos sobre el suelo asienta
que batido a compás hueco retumba.

Es muy delicado el recuerdo que dedica al caballo que ya no puede seguir prestando sus servicios por causa de la edad.

Al que así contemplaste
animoso corcel, cuando abrumado
por las enfermedades o vencido
le vieres de la edad, ponte a cubierto
y da a su honrada senectud descanso.

¡Qué contraste tan acentuado con la terrible muerte que en nuestras plazas de toros espera a los más de los caballos que alegraron nuestros días de placer!

Aparte de esta bellísima descripción, inserta en el maravilloso poema, que como es sabido está dedicado todo a la agricul-

tura, algunos detalles de interés dice, por ejemplo que Erictonio fué el inventor de la cuadriga, y que los Peletronios Lápitás inventaron el arte de enfrenarle.

Por ellos el jinete adocarinado,
aun bajo el peso de las armas, pudo
hacer al pisador herir la tierra
y concertar los arrogantes pasos.

Habla luego de,

Lazada floja de ligeros mimbres
a la cerviz anúdala:

que es algo parecido al vencejo que ahora le ponen para el mal de ojo al recién nacido, y que no es más que una precaución para irlo acostumbrando al collar si es que lo han de destinar al campo.

Trata también de la educación del caballo que va a ser destinado a la guerra: que contemple las armas y se acostumbre a su ruido.

Pero yo creo que aun al mismo Virgilio ha superado en la descripción de este bello animal el gran naturalista francés Bufón. Quiero trasladar íntegra la descripción para no privaros del placer de escuchar tan bello trozo repleto de inspiración (1).

«Nunca ha hecho el hombre conquista más noble que la de este fiero y fogoso animal, que comparte con él las fatigas de la guerra y la gloria de los combates; que, tan intrépido como su dueño, ve el peligro y lo arrostra; y se acostumbra al estruendo de las armas, y se complace en él, le busca, y se anima con el mismo ardor que el jinete; que participa de sus placeres, brillando y centelleando, ya en la caza, o ya en la carrera o en el torneo; pero que, tan dócil como esforzado, no se deja de llevar de su aliento, sabe reprimir sus movimientos, y no sólo obedece a la mano del que le guía, sino que parece consultar sus deseos: que obedeciendo siempre a las impresiones que recibe de la misma mano, se precipita, modera o detiene, y no obra sino por dar gusto: criatura que renuncia su propio ser, abandonándose a la voluntad ajena, adelantándose a ella, y poniéndola en práctica con la prontitud y puntualidad de sus movimientos; que siente cuanto se desea, y no practica sino lo que se quiere; y que entregándose sin reservas, nada rehusa, sirve con todas sus fuerzas, se fatiga y aún muere por obedecer mejor.

Luego dice en otros párrafos:

(1) *Bufón*. Oeuvres completes de Buffon. París, 1845. Tomo IV, pág. 2.

«La educación del caballo empieza por la pérdida de su libertad, y acaba por la opresión».

«Y si alguna vez se les deja vagar en los prados, llevan siempre consigo las señales de la servidumbre, y por lo ordinario los vestigios crueles del trabajo y del dolor; su boca se ve disfigurada por los pliegues que el bocado ha producido; sus hijares están ensangrentados de heridas o surcados de cicatrices que ha hecho la espuela; sus cascos se ven penetrados de clavos, y el aire de su cuerpo se advierte viciado también por la impresión subsistente de las trabas habituales, de las cuales sería inútil eximirlos o libertarlos, pues no por esto serían más libres. Aquellos mismos, cuya esclavitud es más suave, a quienes sólo se mantiene y cuida para lujo y magnificencia, y cuyas cadenas doradas sirven menos para su adorno que para la vanidad de sus dueños, están todavía más envilecidos por la elegancia de su melena, por las trenzas de sus crines y por el oro y seda de que van cubiertos, que por los hierros que llevan en sus pies».

La literatura española presenta, como igualmente la de todos los países, al lado de estas manifestaciones eruditas, otras muchas populares.

Nuestro refranero está lleno de sentencias, en las que el caballo forma una de las partes más esenciales (1).

Por la riqueza de ellas puede verse cómo sería fácil llegar a formar un delicioso *Refranero del Caballo*, en el que se pudieran estudiar las estrechas relaciones que han mediado siempre entre él y su dueño, y cómo sus cualidades han servido en todos los tiempos de término de comparación con los hechos de los hombres.

En esos refranes, como en todas las manifestaciones de la sabiduría popular, la sentencia ha llegado al límite del esquema.

(1) Pablo de Céspedes, notable pintor y literato cordobés, hace, en el poema titulado *La Pintura*, y en el libro segundo, una acertada descripción del caballo, en la cual sobresale esta bellísima octava real:

Brioso el alto cuello y enarcado
con la cabeza descarnada y viva;
llenas las cuencas, alto y dilatado
el bello espacio de la frente altiva;
breve el vientre rollizo, no pesado
ni caído de lados, y que aviva
los ojos eminentes; las orejas
altas sin derramarlas y parejas.

El soldado sabe por experiencia que puede decir: «Caballo torío y cama en rincón, y vengan revistas de inspección», y el buen viejo conoce, porque la vida se lo ha enseñado, que «caballo corredor, hombre reñidor, vaso de vidrio y tinaja de buen vino, la vida tienen en peligro». Hay en el refrán también la curiosa nota topográfica: «Caballo de Ontoria y mujer de Revenga, a mi casa no venga»; o «Caballo y blasón, armas de Morón», y en muchas ocasiones la nota satírica, tan característica del pueblo bajo, que es el sabio autor de las sentencias: «Caballo de regalo suele parar eu rocín de molinero». «Caballo por Mayo, y eso si me lo hallo». «Caballo zaino, o morcillo, o ciego, o flojillo», etc., etc.

También, en nuestro Cancionero popular, se encuentran abundantísimas muestras de la amistad que entre el caballo y su dueño existen.

Figura, primero, en las adivinanzas, que son desde luego muy antiguas manifestaciones de esas canciones; tales, son:

La boca es de carne;
la carne es de hierro.
También echa espuma
sin ponerla al fuego.

y esta otra, en la que ya se alaba su belleza, que parece estar hecha por alguno que tenía costumbre de ver consumirse en el hogar los grandes trozos de leña verde:

Un animal muy hermoso
discreto en el entender;
tiene treinta y dos cabezas
y la suya treinta y tres.

Pero más bellamente en los simples cantares. Hay algunos en los que la mujer aparece más o menos comparada con ellos; recuerdan en cierto modo la relación de premios de que ya hemos hecho mención al hablar de los juegos en honor a Patroclo.

Son evidentemente satíricos y exponen la comparación dura y desenfadada.

Pero estos cantares abundan, natural y afortunadamente poco. En ellos parece que falta algo del sabor andaluz, en el que la flor y el piropo es preciso. Hay otros, sin duda andaluces de pura cepa, en los que el caballo corre airoso al lado del cantador, llevándose su cariño o acompañándole mientras espera a la buena moza. Unas veces pondera el gran valor de su caballo, diciendo:

En montando en mi cabayo
no temo a ningún valiente;
un trabuco, dos pistolas,
un cuchiyo, y, benga gente.

o de esta otra manera, en la que le promete un buen regalo:

Cabayos que en treinta pasos
corre, trota y galopea,
merece que yo le compre
un atalaje de sea.

y esta que fué premiada en un concurso de fandanguillos propuesto por el *Diario de Huelva*, del que es autor Luis Manzano, el celebrado autor dramático.

Por la sierra galopando
entre Portugal y España
Juan de la Cruz van cantando
¡Viva mi jaca castaña
la perla del contrabando!

o de esta otra manera, en la que señala el programa de toda su felicidad:

Tu sandunga y un sigarro
y una caña de Jerés,
mi jamergo y un trabuco
¿Qué más gloria puede haber?

Otras le pide auxilio contra sus perseguidores:

Arriba cabayo moro,
sácame de este barranco
que me viene persiguiendo
er der cabayito blanco.

Siempre es un dulce poemita, que muy honda y claramente sirve para expresar todos los matices del sentimiento, y que, a través de los siglos, con los anónimos retoques de todos los tiempos, llega a adquirir esas formas definitivas que todo lo dicen en medio de su sobreidad purísima. El contrabandista dice con un arrojo invencible, y con un galano estoicismo.

A los piés de mi cabayo
tengo yo la muerte mía;
¡Benga tela de berano
y rica pañolería!

o al oír la voz de una mujer, afirma:

A la reja de la carse
tengo mi cabayo atao
para darle lo que pía
a la niña que ha cantao.

A veces también se presenta el caballo incomprensiblemente enigmático:

Cabayo mío Careto,
yo no te puedo entender;
si comes mucho t' ajitas,
si comes poco también.

y en muchas ocasiones el fiel animal sirve a su dueño, para ayudarle en el consuelo de alguna pena muy honda:

Cabayo mio Careto
sácame d' esta laguna
donde me estoy ajogando
sin tener agua ninguna.

o para acompañarle en la espera:

Mientras mi cabayo bebe,
échame niña, un cantar.
Bebe cabayto mío,
que está serenito el mar.

o para indicarle la traición:

En la puerta de tu casa
mi cabayo se paró;
y yo ví que comprendía
que tu me hacías traición;
yebarme pa' trás quería.

Por todo ésto, sin duda, sabe llorar la pérdida de su compañero:

— Contrabandista valiente
¿Qué tienes que tanto yoras?
— ¡Me s'a muerto mi cabayo!
Ya s' acabaron mis glorias.

¿Qué decir de esta dulcísima poesía andaluza, tan misteriosamente sobria, tan confiada en su propio valer, que pasa por alto todas las modas, y se ríe de todos los juicios, y jamás pide la ayuda de los sabios? Dejemos que las coplas vuelen libremente por todo nuestro campo y aniden en todos los corazones, y sirvan para expresar los sentimientos de todos los que han nacido bajo nuestro sol. Mostremos estas coplas para que puedan servir de piedra de toque; pero nada más. Y no intentemos nunca sujetarlas a ninguna regla, no pretendamos jamás darle ninguna norma, porque estas cosas que salen de verdad de lo más profundo de nuestro corazón, no pueden sujetarse a ningún consejo razonable.

El pueblo nuestro tenía a la fuerza que dedicar al hermoso

animal algunas de esas coplas, en las que, cuando oye la guitarra, sabe él poner todo su corazón. Porque sabe que el caballo, cuando ha sido necesario correr, ha volado, ya para salvarlo de algún mal enemigo que le persiguía, ya para llevarlo a alguna reja, donde la mujer amada le espera, y sobre todo porque sabe que en esos días luminosos de nuestras ferias, cuando la primavera triunfa con su claro sol, el caballo andaluz que pasea por la ciudad, llevando en sus lomos la dulce carga de una mujer, como si adivinara su suerte, mira orgulloso a donde va poniendo los piés, y del duro suelo arranca puñados de estrellas, que se las va ofrendando a la dueña que lo guía, como homenaje de agradecimiento por gozar de la más hermosa de las esclavitudes.

